

The Eminence Is Shadow

V5C3

Capítulo 3: ¡El caso está cerrado, así que es hora de un flashback!

¡Rayos, anoche fue una locura! ¿Quién hubiera imaginado que el culpable de la desaparición de los estudiantes era precisamente el bibliotecario jefe?

Después de verlo secuestrar a Claire y Alexia, lo vi atarlas en medio de esa extraña niebla. Debo decir que es bastante escalofriante.

Es bastante obvio que el tipo era un perverso. A pesar de tener conflictos sobre su propia naturaleza, no pudo detenerse.



Cada uno tiene su razón de ser, pero cuando esos objetivos contradicen lo que la sociedad considera aceptable, la gente se ve obligada a tomar una decisión. Pueden seguir su corazón o pueden apagar sus sueños.

Yo estoy en el primer grupo, y él también.

El hecho de que el cerebro detrás de las desapariciones fuera solo un perverso no encaja del todo con mi narrativa de shadowbroker, pero no hay forma de discutir con la cruda realidad. Al amanecer, la academia está abarrotada de gente de la Orden de Caballeros. Supongo que están investigando el asunto de la bibliotecaria.

"¿Eh? ¿Es quien creo que es?"

Una chica morena pasa con dificultad entre los caballeros cabizbajo.

"Sí, es Claire, sin duda".

Siempre me da un dolor de cabeza terrible cuando me ve, así que este es el punto donde normalmente me escondería, pero parece que hoy no será necesario. No parece que vaya a notar mucho.

"Zum-dee-dum, zum-dee-dum". Tarareo una cancioncita distendida y disfruto de la luz de la mañana.

Ahí estoy, una estudiante completamente normal.

La pregunta es, ¿cómo debería reaccionar cuando "descubro" lo de la bibliotecaria? ¿Debería dejarme llevar por el típico ataque de pánico de personaje secundario o debería temblar de miedo contenido? Mientras intentaba decidirme, pasé junto a mi hermana. "Espera ahí". Me agarró del cuello con fuerza.

"H-hola, hermanita. ¿Me has visto?" Me giré y la vi fulminándome con la mirada.

"Claro que sí. ¿Tienes algo que decirme?" "¿B-buenos días?"

"Buenos días, Cid. ¿Algo más?"

"No, eh... no que se me ocurra", respondí después de reflexionar un momento.

Intenté recordar si había algo que hablar con mi hermana, pero no se me ocurrió nada.

"Estoy deprimida, Cid". "Oh".

"Tengo los hombros caídos y parezco apática". "Ajá".

"Supongo que hay algo que cualquier buen hermano le diría a su hermana en momentos como estos".

"Eh..."

Me permití tres segundos para pensar. "Estás cabizbaja. ¿Te pasa algo?" "...Apruebas. Pero por los pelos."

"¿Por los pelos?"

"Tienes que preocuparte más. Además, necesitas intuir qué va mal desde el principio."

"Creo que te estás poniendo el listón demasiado alto."

"Aun así, parece que tienes curiosidad, así que supongo que puedo decírtelo." "No creo haber dicho nunca que eso fuera..."

"Tienes curiosidad, ¿verdad?"



“¡Ay, tío, tengo muchísima curiosidad!”, digo mientras Claire me retuerce el cuello. “Hay demasiado ruido aquí, así que busquemos otro sitio para hablar.”

“Eh, ¿qué tal si vamos a clase?”

“Hoy cancelaron las clases.” Claire se gira y mira hacia el edificio de la escuela. “La bibliotecaria jefa murió.”

Decidí reaccionar a su silenciosa revelación con sorpresa, como cualquier buen personaje secundario.



Estoy sentada en el elegante salón, tomando tranquilamente mi té con leche.

Al parecer, esta es una especie de habitación especial donde solo se permite la entrada a los peces gordos. No tengo ni idea de por qué dejan entrar a una noble de pueblo como mi hermana. "Lo siento, no puedo contarte ningún detalle. No quiero que te arrastren", dice Claire con expresión sombría. "Pero la Orden de los Caballeros está intentando ocultar la verdad sobre el bibliotecario... y soy incapaz de detenerlos. Es tan

frustrante..."

"La verdad sobre el bibliotecario, ¿eh?"

Tiene sentido que no quieran que se sepa lo pervertido que era. El plan de la Orden de los Caballeros para proteger su reputación cuenta con todo mi apoyo.

"Hay cosas más importantes que la verdad", ofrezco.

Claire me lanza una mirada amenazante. "¿Estás insinuando que me equivoco?" "No es eso lo que digo. Es solo que..." "¿Solo qué?"

El lenguaje corporal de mi hermana deja clarísimo que si no pienso bien mis próximas palabras, podrían ser las últimas.

“La oscuridad del mundo es profunda. No todos están preparados para aceptarla.”

“...¿Dices que habría pánico si la noticia se hiciera pública?”

“Sí, probablemente.”

Digo, piensa en lo traumatizadas que estarían todas las chicas que alguna vez fueron a la biblioteca.

“¡Pero eso no significa que esté bien esconderlo todo bajo la alfombra!”, exclama Claire.

“Claro que no. Por eso es importante que haya gente resolviendo el caso en secreto.”

“‘Resolviendo el caso en secreto’...”



“Sí. Incluso cuando se entierra la verdad, eso no significa que las cosas tengan que terminar ahí.”

“Ah, ya veo... Así que me toca a mí resolver el caso.” “Eh, no hace falta que seas tú.” “Sé la verdad y soy libre de actuar sin restricciones... Efectivamente, me han elegido.” Se aferra a la venda de su mano derecha.

“Eh, de verdad que no.”

“Soy la única que puede protegerte, Cid.” “Eh, soy perfectamente capaz de protegerme sola.”

“Lo sé, lo sé. No quieres que me preocupe por ti.” Me abraza tan fuerte que oigo un crujido ominoso. “Pero voy a proteger esta academia, esta nación, y a ti también. Voy a protegerlo todo.”

“...Bien. Hazlo.”

“No voy a dejar que esto termine así. De ninguna manera.”

Aún atrapada en los brazos de mi hermana, tomo otro sorbo de mi té con leche.

Debo decir que esto me viene de maravilla.



Se cancelan las clases por hoy, así que vuelvo a mi dormitorio y enseguida me abordan Skel y Po.

"¿Rayos, qué desastre!", dice Skel. "No puedo creer que le dieran así a la bibliotecaria jefa".

"¿Verdad?", asiente Po. "La organización que ya saben podría estar detrás de esto".

"Parece que esto se ha puesto muy serio de repente". "Sí, todos están flipando".



Los dos están tomando café Mitsugoshi de primera y holgazaneando como si fueran los dueños del lugar.

Pero no es así. Es mi habitación.

"¿No deberían estar haciendo sus tareas extra?", digo, poniendo más fuerza en la voz para que el subtexto quedara claro: ¡Lárguense, chicos!

"Lo haré luego", responde Skel. "Ahora que tenemos el día libre, tengo un montón de tiempo".

"Sí, igual", añade Po. Si nos obsesionamos tanto con las tareas que dejamos pasar todas las pequeñas alegrías de la vida, ¿para qué vivimos?

Los dos beben el café ruidosamente.

"Claro, pero nada de eso explica qué haces en mi habitación". "Porque aquí es donde está el café Mitsugoshi de alta gama, claro", dice Skel.

Sin siquiera pedir permiso, Po rebusca en mi cajón y abre un paquete de chocolate. "Y también tienes dulces Mitsugoshi de alta gama".

"Tío, esos son míos".

"No pasa nada", me asegura Po. "Aquí todos somos amigos".

"Y siendo sinceros", añade Skel, "es imposible que te den suficiente paga para poder permitirte estas cosas".

"Llevamos un tiempo pensando que era raro".

De repente, los dos se ponen serios y se giran para mirarme. "Yo... yo, eh..."

Me tienen en la mira.

Una sola taza de café Mitsugoshi de alta gama te cuesta más de dos mil zenis. No tiene sentido que un aristócrata sin blanca como yo lo tenga siempre en la habitación.

Dicho esto, no es culpa mía que Gamma me siga enviando cajas. "Confiesa, Cid", dice Skel. "Has estado comprando a crédito, ¿verdad?"

"¿Eh?"

"Si es así, tienes que decírnoslo, tío", insiste Po.

"No, espera, retrocede un momento. ¿Qué es eso de comprar a crédito?" "Tío, encontramos folletos por toda tu habitación". Skel me enseña uno.

"El nuevo servicio del Banco Mitsugoshi: Pagos a Plazos Mitsugoshi'. Si sabías de esta nueva y genial forma de pedir prestado, ¿por qué no nos lo dijiste?" "¿Pagos a plazos de M-Mitsugoshi?"

Con un nudo en el estómago, leo el folleto y descubro que anuncia un plan de pagos que me habría parecido perfecto en mi vida anterior. Ahora que lo pienso, supongo que le expliqué a Gamma cómo funcionaban los planes de pagos, ¿no?

"N-no me digas que pidieron dinero prestado, ¿verdad?"



“Claro que sí”, responde Po. “Me prestaron dos millones de zenis, sin hacer preguntas”.

“Y pedí prestados un millón”, dice Skel. “Ahora solo tengo que hacer las cuotas mensuales fijas de veinte mil zenis cada una. ¡Qué mona!”

“Madre mía...”

Están perdidos.

“¿Qué pasa, Cid?”, pregunta Po. “Tienes esa cara de recién enterado.”

“¿Cuánto es el tipo de interés de esos planes?” “Un dos por ciento mensual, creo”, responde Skel.

“Sí, un veinticuatro por ciento anual. Es una barbaridad comparado con otros prestamistas de la capital.”



Miro al vacío.

“A ver si lo entiendo”, les digo. “Pidieron prestado un millón de zenis al veinticuatro por ciento anual con pagos mensuales de veinte mil zenis, ¿verdad?”

“Sí.”

“¿Qué hay de malo en eso?”

“¿Han hecho los cálculos para saber cuánto tardarán en pagarlo?”

Si tienen un tipo del 24 por ciento por un millón de zenis, entonces sus intereses anuales suman doscientos cuarenta mil zenis. Si sus pagos mensuales son de veinte mil zenis, entonces sus pagos anuales suman doscientos cuarenta mil zenis.

Doscientos cuarenta mil zenis en intereses, doscientos cuarenta mil zenis en pagos.

En otras palabras, solo cubren los intereses y no van a dejar de pagar nada por el resto de sus vidas.

"No sé, ¿cinco años?", dice Po.

"¿Para qué me voy a molestar en calcular eso? Solo tengo que hacer mis pagos mensuales de veinte mil", añade Skel.

"El hecho de que no te hagan hacer todos esos cálculos es lo que te dice que Mitsugoshi es honesto".

"...Creo que deberían considerar aumentar el monto de sus pagos".

"¿De qué estás hablando, amigo? Si a Mitsugoshi le parece bien que solo paguemos veinte mil, ¿por qué nos molestaríamos en darles más dinero?".

Po está de acuerdo con Skel. —Sí, estás diciendo tonterías. He oído de estudiantes que les pidieron prestados hasta diez millones de zení. Le prestan dinero a cualquiera, desde aristócratas hasta estudiantes. Mientras tu familia tenga propiedades, estás bien.



Miro al techo.

—Ahora —anuncia Po—, que empiece la fiesta.

—Acabamos de pedir prestado un montón de dinero, y ya sabes lo que eso significa —dice Skel.

Los dos sacan una baraja de cartas. —¿En serio? ¿Más póker?

—¿Qué? ¿Demasiado cobarde? —bromea Skel.

—Si pensabas que te dejaríamos rendirte cuando ibas ganando, piénsalo de nuevo —me dice Po—. Ahora tenemos las arcas llenas.

—No...

Dejo escapar un gran suspiro. Luego golpeo un fajo de billetes sobre la mesa. —...Juguemos a doble o nada.



¡Maldita sea, te vamos a pagar por esto! —se lamenta Skel.

—P-pero eso es imposible... ¡Hiciste trampa! ¡Debiste haber hecho trampa! —gime Po.



Los agarro a los dos por la nuca y los tiro al pasillo. —Sí, sí, da igual. Es tarde, así que intenta bajar la guardia.

—¡Espera! ¡Al menos déjanos jugar una mano más! —¡No podemos irnos así! ¡No con pérdidas!

—Lo siento, pero no me sirven los tipos con los bolsillos vacíos. Buena suerte con tus pagos.

Tras cerrar la puerta de golpe, la cierro con llave. Oigo murmullos apagados del otro lado.

—¿Cómo? ¿Después de todo el tiempo que pasamos perfeccionando nuestras trampas? —No puedo creerlo. ¿En serio lo perdimos todo? —¿En serio nos acaban de dejar sin blanca? “Parece imposible, pero aquí estamos...”

“Maldita sea. Vamos a Mitsugoshi a pedir prestado más dinero.”

Acabé con todos sus intentos de engaño, por supuesto, y en cuanto intentaron engañarme, me gané el derecho a devolverles el dinero.

Recojo las ganancias apiladas en mi mesa y sonrío con suficiencia.

“Parece que Skel y Po se han convertido en mis nuevas alcancias. Y no podría haberlo hecho sin ti, Pagos a Plazos de Mitsugoshi.”

En cuanto el dinero fluya del Banco Mitsugoshi a Skel y Po, estaré allí para recogerlo. Es la ley de la selva.

“Thum-di-dum, tum-di-dum.”

Tarareo una cancioncita distendida mientras guardo el dinero en mi Cofre de Guerra.

Entonces me doy la vuelta y grito por la ventana: “Disculpa la espera, Zeta. Ya puedes pasar.” Un teriántropo de cabello dorado aparece silenciosamente en mi habitación. “Feliz cumpleaños, Maestro”.



“¿Eh? Ah, sí, es cierto. Supongo que ya tengo dieciséis”.

Efectivamente, la fecha se ha extendido. Y, ¿quién lo diría?, es mi cumpleaños.

“Felicidades”. “Gracias”.

Sinceramente, no creo que sea algo para celebrar. Solo me quedan unos seiscientos años de vida, y ahora, uno de ellos se ha ido.

Pensar que todavía no me he convertido en la eminencia perfecta en la sombra.

La vida humana es realmente fugaz.

“¿No te gustan los cumpleaños?”, me pregunta Zeta.

“No son mis favoritos, eso seguro. Cada uno que pasa significa que me queda mucho menos tiempo de vida”.

“Entiendo cómo te sientes”. Zeta me ofrece una pequeña sonrisa relajada. Es raro ver una sonrisa tan genuina en ella. “A veces, siento que la vida es demasiado corta para alcanzar mis metas.”

“Mm. Te entiendo”, asiente de nuevo. Luego me mira con expresión seria. “Vine a hablar de algo importante.”

“De acuerdo.”

¿Se trata de dinero?

Zeta ha hecho mucho por mí, así que no me importaría prestarle unos mil zenis.

“¿Quieres la vida eterna, verdad?”

Respondo al instante: “Sí, claro.”

Hay una parte en la que espero cien años a que la gente empiece a olvidarse de mí, luego reaparezco de la nada y todos dicen: “Espera, ¿es ese tipo de las leyendas?”. Y con la vida eterna, podría repetir esa parte tantas veces como quisiera. Mientras viva, puedo reiniciar mi eminencia en la configuración de las sombras una y otra vez. Mi plan original era usar magia para vivir seiscientos años, pero eso no es suficiente para disfrutar de todo lo que la vida me ofrece. Solo quiero seguir siendo yo para siempre.



Vamos, Dios, hazle un favor a alguien y construye un sistema para comprar años a quienes no quieren envejecer.

"Entiendo cómo te sientes, Maestro." "Ajá."

"Así que estoy intentando que lo consigas." "¿Ajá?"

"¿Recuerdas el primer día que nos conocimos?" "Ajá."

"Llovía ese día, ¿verdad?"

"Nevaba y hacía un frío glacial."

Ah, nevando.

"Cuando obtuve la posesión, aprendí lo fea que era la gente."

"Ajá."

"Y pensé. En la gente que nos persigue. En lo estúpido que es el mundo."

Su mirada se vuelve fría.

Desde que la conozco, siempre ha tenido esa mirada de vez en cuando. Es bastante rudo, así que en secreto he empezado a imitarlo.

"La gente repite sus errores una y otra vez, sin cansarse", continúa Zeta. "El mundo nunca se vuelve menos estúpido".

"Ajá".

"Pensé que quería morir. Mi muerte no cambiaría el mundo. Mi vida no cambiaría el mundo. Pero cuando te conocí, vi que tenía que hacer algo..."

Dicho esto, Zeta se lanza a contar su historia.

Traducido por:

ᵁᵁᵁ - RexScan

